



Deslocalización y política industrial. Euskadi en la escalera de la ventaja competitiva.

Alberto Alberdi Larizgoitia

“Una de mis preocupaciones ante la salida de las industrias del país, es que llegará un día en que estaremos todos vendiéndonos hamburguesas unos a otros”. H. Lee Scott Jr. CEO de Wal-Mart

Los cambios en la población, la tecnología y en las instituciones son las fuerzas que inducen las transformaciones de la economía y de la sociedad. Si la esencia de esta era postmoderna es la temporalidad, la celebración de lo efímero en todos los aspectos de la vida, desde el trabajo a los sentimientos pasando por la producción, el ocio y el consumo, es porque vivimos una aceleración considerable en la velocidad de cruce a la que acontecen los cambios en esos factores fundamentales. Nuestra población decrece al mismo tiempo que el derrumbe de barreras institucionales nos abre al influjo de enormes masas de población de los llamados países emergentes; además, no sólo asistimos a una nueva revolución tecnológica, la de las tecnologías de la información, sino a una organización sistemática y profesionalizada de la actividad innovadora que acorta los plazos de la obsolescencia de manera a veces dramática. El mundo se ha vuelto global y las actividades económicas cambian a gran velocidad sus procesos, sus productos y su ubicación en el espacio, por lo que las empresas y las personas se tienen que adaptar rápidamente a la nueva realidad.

En lo referente a las tendencias espaciales de la producción, podríamos hablar de combinaciones de prácticas de outsourcing e insourcing (fuera o dentro de

la empresa) con ofshoring (fuera del país), y de la gestión global de la cadena de suministro (supply-chaining), con la consecuencia de una creciente fragmentación de las producciones. Pero para que se entienda mejor hablaremos sencillamente de una de sus variantes: el offshoring dentro del grupo empresarial, que es lo que generalmente se entiende por deslocalización: traslado de la producción a países de menores costes en busca de mayor rentabilidad. A eso se refiere el primer ejecutivo de la mayor empresa mundial de distribución, y es también lo que preocupa a la opinión pública. Como se suele decir, es difícil hacer predicciones, especialmente acerca del futuro, pero desde luego pienso que pase lo que pase a los Estados Unidos nosotros no vamos a acabar vendiéndonos hamburguesas ni platos de la nueva cocina vasca unos a otros, a pesar de que el turismo y los servicios estén llamados a ocupar un lugar destacado en la estructura productiva del futuro. También es cierto que el futuro no es el que solía ser: la experiencia vasca en la reciente ola de globalización ha sido muy positiva con la creación de 200.000 empleos, 50.000 de ellos en la industria, lo que ha mantenido el peso industrial en torno al 30% del PIB, a pesar que de las fuertes externalizaciones de servicios (outsourcing dentro del país) han llevado a que los servicios a empresas aumenten cinco puntos su peso en el PIB en unos pocos años. Además, las deslocalizaciones y las reestructuraciones han tenido un impacto muy limitado: el empleo implicado en las reestructuraciones desde 2002 ha representado un 2,3% del total del Estado, en el que a su vez sólo un 6% del total se ha debido a deslocalizaciones. Y por si lo anterior no fuera suficiente se han consolidado 70 grupos empresariales que se han desplegado por el mundo en un breve plazo de tiempo hasta contar con 200 implantaciones productivas

Pero el éxito pasado no garantiza el futuro, que se construye con las acciones de hoy, y hay que reconocer que es verdad que el futuro no es el que solía, porque la debilidad coyuntural de la Unión Europea, su ampliación al Este y el creciente auge de China y otros países emergentes nos sitúan en un escenario menos favorable y mucho más exigente. Y aquí es donde entra el segundo eje del cambio, el relativo a la innovación.

La escalera de la ventaja comparativa

La idea de que la ventaja comparativa se mueve a lo largo de una escalera es casi tan antigua como la literatura sobre comercio y desarrollo. Nosotros deberíamos saberlo bien porque primero en la época dorada de los sesenta y setenta y luego con la adhesión al mercado europeo y a la Unión Monetaria transitamos velozmente peldaños arriba. Sería injusto negar a otros las oportunidades que nosotros tuvimos en su día, aunque es cierto que derribar barreras de forma rápida en Europa o en el marco de la Organización Mundial de Comercio es propiciar un movimiento sin precedentes por el que los países menos desarrollados nos van a empujar como nunca desde la parte baja de la escalera. Pero como es algo ya decidido, no hay más remedio que seguir subiendo: lo que toca en tiempos de cambio es aprender tan rápido como el propio cambio, a riesgo si no, como dice Eric Höffer, de quedarse equipado para enfrentarse a un mundo que dejó de existir.

Esa es la idea que late tras la estrategia de Lisboa, que nació de la constatación del atraso relativo de Europa respecto a Estados Unidos; y también de nuestra propia versión de la misma, enunciada por el Lehendakari en 2001 como una *Segunda Transformación Económica* hacia la economía del conocimiento, la innovación y la transformación de las organizaciones. Como es sabido, las expectativas de la Estrategia de Lisboa se están viendo defraudadas, como muestra el botón del esfuerzo en I+D para el que en Barcelona se fijó el avance desde el 1,9% hasta el 3% para 2010. Después de los enormes progresos hechos en los últimos veinte años, parece que también nosotros hemos entrado en zona de rendimientos decrecientes y que nos cuesta despegar del 1,5%, mientras que mirando para abajo vemos que China ya alcanza el 1,3%. No hay que hacer un fetiche de las cifras pero el desarrollo tecnológico es enormemente importante, ya que de él dependerá en buena medida la competitividad de las empresas. Tenemos que hacer un esfuerzo por aumentar la actual base de 800 o 900 empresas que realizan I+D, propiciando al tiempo un cambio estructural hacia nuevas actividades. El objetivo de Barcelona nos exigiría incorporar 500 nuevas empresas lo que parece casi inalcanzable; pero al menos hay que mantener el objetivo de la convergencia tecnológica con Europa y consecuentemente con ello propiciar que los recursos públicos crezcan en el entorno de tres veces el PIB nominal.

Una estrategia competitiva de país

Pero no sólo la tecnología es importante, la competitividad debe perseguirse a todos los niveles: a nivel de empresa, mediante la innovación, la excelencia en la gestión, los proyectos compartidos y la vocación de crecimiento e internacionalización, a nivel de grupos y clusters, a través de la cooperación para desplegar esas estrategias, y a nivel de país, mejorando la formación de las personas e incrementando las externalidades positivas a través de infraestructuras físicas e inteligentes.

Todas estas ideas se han desarrollado en el Foro de Competitividad Euskadi 2015 y se han incorporado a la [Estrategia de Competitividad e Innovación Social](#); cuyos ejes se resumen en el triángulo **personas, innovación y dimensión y grupos para la competencia global**. El Eje personas lógicamente trasciende con mucho a la política industrial, y responde al reto de crear un verdadero país del aprendizaje permanente. Dentro de la innovación, más allá de la tecnología, la transformación de las organizaciones es una herramienta fundamental para impulsar la eficiencia y la productividad. La dimensión y grupos y el correspondiente énfasis en el crecimiento y la internacionalización, finalmente, no deben hacernos olvidar el impulso del espíritu y la actividad emprendedora de las personas y de las propias empresas sin el cual no hay verdadera innovación.

No cabe duda de que en los tiempos por venir seguirá habiendo reestructuraciones, seguiremos hablando de deslocalización, aunque esperemos que no afecte a los grandes y que como hasta ahora siga siendo más bien una deslocalización silenciosa de adaptación a la nueva división internacional del trabajo. Pero más allá de una cifra u otra sobre PIB, el futuro de Euskadi puede ser y será un futuro industrial y lo que es más importante, un futuro de prosperidad, si siguiendo la experiencia del pasado desplegamos la política de competitividad con participación de todos los agentes, colaboración público-privada y constancia en el tiempo. Porque si me apuran y como colofón dejan que se exprese libremente el macroeconomista que uno lleva dentro, quizá las amenazas de las que nos hemos ocupado aquí no sean las principales que el futuro nos depare a medio plazo: piensen simplemente como ejercicio que ocurriría con un desplome del dólar del 30% y un encarecimiento

similar del precio del petróleo, aderezado todo ello con un recrudecimiento de las tensiones geoestratégicas.

eeus,